

EL MADRILEÑO,

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y NOTICIAS.

DIRECTOR: D. LUIS ESCUDERO.

Año IV.

Madrid.—Lunes 24 de Agosto de 1863.

Núm. 32.

SUMARIO.

Revista de la semana, por L. Escudero.—Apólogo, por G. Adolfo Desquer.—La mendiga, por P. Alcázar García.—A la señorita doña Elena Gomez de Azevedo, poema, por T. Llorca.—Las hijas de Caridad, por P. Romero de Castilla.—Memorias de un Gobernador de la Florida, traducidas por Washington Irving, de M. Federico Bender.—Anuncios.

REVISTA GENERAL DE LA SEMANA.

Ocuparse de política en los dichosos tiempos que atravesamos, equivale a perder la paciencia, y lo que es peor todavía, la razón. ¿Qué cabeza bien organizada no se resiente y qué imaginación no se fatiga en presencia de tanto y tan vario suceso como amenaza turbar la paz del mundo? ¿Qué político de profesion, y en esto va envuelta la cualidad de profeta y de filósofo, no se desanima y aburre cuando despues de haber estudiado las causas, se devana los sesos inútilmente por comprender los efectos? Cuán dichosos vivian nuestros antecesores! Ellos no eran políticos, por la sencilla razon de que no estaban *instruidos*; verdad es que pecaban de egoistas y tenían por añadidura otras faltas, que a la luz del progreso actual nos parecen enormes; y sin embargo, qué felices eran!... abandonaban este valle de lágrimas, muchas veces a una avanzada edad, ignorando lo que ocurría mas allá de la ciudad, villa ó aldea en que habitaban. Nosotros al contrario, gracias a los adelantos del siglo, que ha condenado a reclusion perpetua al tiempo y a la distancia, sabemos en pocos momentos todo cuanto sucede en las cuatro partes del mundo. Hé aquí por qué hemos dicho mas arriba que el ocuparse hoy de política equivale a perder la paciencia y la razón; porque ¿quién resuelve tantas cuestiones como hay pendientes? ¿quién pone coto al desbarajuste de ideas y de encontrados principios en que nos vemos envueltos?... ¿quién arregla los destinos del mundo, en medio de este confuso caos?... No seremos nosotros ciertamente, políticos de *aficion* y pobres revisteros de un modesto periódico.

Pero en la necesidad de ocuparnos de política y de elegir una cuestion cualquiera para llenar con ella tres ó cuatro columnas de nuestro Semanario, nos decidimos por la cuestion de Polonia, casi olvidada ya por la de Méjico y por la naciente de Alemania.

Siempre la hemos dado un lugar preferente en nuestras revistas y así continuaremos haciéndolo, porque la causa de aquella nación nos interesa sobremanera, y porque no queremos que nunca ni por nadie se nos diga que somos amigos de *innovaciones*.

Todavía nos es desconocida la forma en que van redactadas las nuevas notas diplomáticas de Austria, Francia é Inglaterra, que obran ya en poder del principe Gortschakoff; creemos firmemente que este sea el último paso que den las tres potencias, bien para abandonar de una vez y para siempre las negociaciones en favor de Polonia y ceder ante

la Rusia, ó bien para formular un *ultimatum* y no detenerse ante la perspectiva de una ruptura diplomática y de una guerra con el Norte.

En nuestro concepto, y en vista de la actitud que de poco tiempo a esta parte han tomado Austria é Inglaterra, lo primero es lo mas probable. El gabinete de Viena, que como los de Paris y Londres, viene exigiendo de Rusia el cumplimiento de los tratados de 1815, y comprende que la situación precaria en que el gobierno del Czar ha colocado a Polonia, es el origen de las convulsiones periódicas que amenazan la paz del mundo y son un peligro para Europa, confiesa terminantemente que si en sus reclamaciones ha ido tan allá como Francia é Inglaterra, y en el curso de las negociaciones se ha mostrado mas enérgico que estas dos últimas potencias, ha sido dentro de las vias pacíficas y rechazando siempre la posibilidad de una guerra que de ninguna manera le conviene.

El carácter belicoso que Inglaterra ha manifestado hasta hace muy poco tiempo ha desaparecido completamente; lord John Russell se ha apresurado a demostrarlo así, declarando solemnemente en la Cámara de los Lores, que ni el honor ni los intereses británicos estaban comprometidos en la cuestion, y por lo tanto, que Inglaterra no desnudaría la espada en ningun caso en favor de Polonia.

Ahora bien, aislada la Francia, que es la que hasta aqui se muestra mas constante en sus decisiones, romperá sus relaciones diplomáticas con Rusia, dado el caso de que su último despacho encuentre la desfavorable acogida que los anteriores?... Formulará un *ultimatum*, y se arriesgará por sí sola a sostener una lucha sangrienta contra la Rusia?... Creemos que no; por eso nos afirmamos de dia en dia en nuestro triste, pero seguro pronóstico. Polonia dejará de contarse muy pronto en el número de las naciones de Europa.

Las tropas moscovitas hacen cuanto pueden para reducir a los insurrectos y a sus familias a la mayor miseria; destruyen sus caseríos y cosechas, y se entregan a mil atrocidades: No hace mucho tiempo que fueron pasados por las armas dos oficiales dimisionarios de la guardia rusa. Formaban parte del cuerpo de Siarakowski, y heridos y hechos prisioneros, como su jefe, fueron condenados a veinte años de trabajos forzados en la Siberia; Mourawieff desaprobó la sentencia y mandó fusilarlos. Ambos conservaron su presencia de ánimo hasta el último instante. Un balazo en la frente acabó con uno de ellos; el otro, menos afortunado, cayó lleno de heridas, y vivo aun le arrojaron a la fosa. Los moscovitas tuvieron la inaudita crueldad de taponarle los ojos con cal viva.

Refiérese tambien que hace pocos dias, cayó en poder de la policia rusa un agente del gobierno nacional, encargado de llevar un pasaporte a un militar moscovita que lo habia solicitado para atravesar con seguridad el reino. La peticion era un lazo; escondiéronse numerosos polizontes en la casa, y al entrar el agente se arrojaron sobre él, y lo

metieron en un coche, en el que fué conducido á la ciudadela. Pocos momentos después le interrogaron:—¿Cómo te llamas?—Miguel Strawski, contestó el preso.—¿Y tu nacionalidad?—Polaco.—¿Eres agente del gobierno revolucionario?—Sí.—¿Sabes qué te espera?—La muerte, contestó con serenidad Strawski.—Puedes salvarte.—No quiero deberos la vida, pues para esto sería preciso cometer una infamia, y un polaco no puede ser traidor. Esta contestación dejó anonadado al militar que interrogaba á Strawski; le ofrecieron oro en abundancia, un empleo en lo interior de Rusia, pero nada pudo vencer la resistencia del preso. Entonces recurrióse al tormento; porque los rusos también aplican el tormento á los polacos dentro de la ciudadela. Ditwal y sus cuatro ayudantes encargados de tan terrible misión, se negaron á desempeñar su tarea al saber que se trataba de un agente del gobierno nacional; pero vieron obligados á ceder, bajo la amenaza de ser ahorcados al momento. Los siniestros preparativos no intimidaron al polaco colocado en el tormento ni tan siquiera pudieron lograr que contestase á las preguntas que sin cesar se le dirigían; ni un grito se escapó de sus labios. Al entrar en la sala pronunció las siguientes palabras:—El gobierno nacional sabrá cuanto hago conmigo, y la vida del militar á quien llevaba el pasaporte responde de la mía.

Al día siguiente falleció con gran descontento de los rusos que esperaban arrancarle alguna revelación. La policía apresuróse á poner en conocimiento del denunciador su muerte y las palabras que había pronunciado antes de que se le aplicase el tormento. El ruso las escuchó sonriendo, mas esto no le impidió que al día siguiente amaneciese en la cama con una puñalada en el pecho, y clavado en la hoja del puñal el siguiente escrito: «De orden del gobierno nacional; muerto por traidor.»

El verdugo y sus ayudantes no quieren aplicar mas el tormento temiendo por sus vidas. Ditwal ha sido encerrado en un calabozo y puesto sus ayudantes bajo la inmediata vigilancia de la policía.

Esta se afana inútilmente por encontrar las huellas del gobierno nacional, cuya organización nadie conoce todavía; pero cuyos decretos son tan pronta y fielmente cumplidos. Reclentamente aquel centro misterioso, que sostiene y fomenta la insurrección polaca, impuso al gran duque Constantino 40,000 francos de contribución. El hermano del Czar, deseando descubrir á sus miedicos, y creyendo la ocasión oportuna, envió al día siguiente un ayudante de campo con la suma pedida al cuarto piso de la casa que se le había indicado. El ayudante llevóse una numerosa escolta, cercó la casa y penetró en su interior. Una vieja, ocupada en las faenas de la cocina, fué la única persona con quien tropezó el ruso. Iba á retirarse, pero se detuvo al oír que la vieja le preguntaba si era portador del dinero. El ayudante se lo entregó sin hacerse de rogar, confiando en sus soldados.—Esperad un momento, dijo la vieja, voy por el recibo. En seguida entró en un cuarto vecino, cerrando la puerta con llave; suben los soldados, derriban la puerta, registran minuciosamente la casa y no encuentran á nadie. La vieja y el dinero habían desaparecido.

El ayudante volvió cabizbajo y con las manos vacías á la presencia del gran duque, quien le enseñó el recibo del gobierno nacional, que había llegado á su poder de una manera misteriosa.

Vamos á terminar nuestra revista ocupándonos ligeramente de espectáculos. En el circo del Príncipe Alfonso no

disminuye la concurrencia, á pesar de lo cansadísimo y monótono de los ejercicios que en él tienen lugar todas las noches, y sin embargo de hallarse muy reciente aun el desastre Tolmaque, y el desgraciado debut (perdónesenos la palabra) del famoso toro D. Juan.

En el signor Gaetano Ciniselli, caballero de S. M. el rey de Cerdeña, etc. etc., cúmplase aquel adagio que dice: «Fortuna te dé Dios bajo...»

Los artistas de Price, gozan de mas justa y merecida reputación, y se hacen, cada día mas dignos de los aplausos y estimación del público. Tenemos que lamentar una desgracia ocurrida la noche del jueves último en la función dada en honor de la embajada tunecina. El distinguido y simpático artista Julio Pérez, tuvo la mala fortuna de dislocarse una pierna por junto al tobillo, al dar el primer salto en la *ballada italiana*.

Deseamos de todas veras su pronto y feliz restablecimiento.

El Eliseo madrileño y el Paraiso continúan siendo favorecidos por una numerosa concurrencia, no obstante el fresco que ya se deja sentir por las noches.

La última vez que asistimos al segundo de estos jardines, dábase una gran función de fuegos artificiales á los que entre paréntesis somos en extremo aficionados. Después de recorrer aquel delicioso jardín, alumbrado con tanta profusión como buen gusto, y de admirar la multitud de parejas, felices unas, *desgraciadas* otras, que las noches de baile lo cruzan en todas direcciones, nos aproximamos á una estensa glorieta donde muy en breve iba á comenzar la función de pólvora. En aquel paraje no podía echarse como vulgarmente se dice, un grano de trigo. A la derecha teníamos dos personajes, bajo y rechoncho el uno, alto y demacrado el otro; aquel, por su corbata de vivísimos colores, por su chaleco de cuadros, y sobre todo por el olor á canela y café que despedía, era á no dudarlo dependiente de una tienda de ultramarinos. Su compañero, segun lo demostraba una levita lustrosa abotonada por debajo de la barba, ó había servido en las filas carlistas ó era poeta.

—¿Qué tenemos de elecciones? preguntó aquel á este, mientras que se arreglaba un pico de la corbata.—Nada sé amigo mio.—¿Pues dónde se mete V? ¿Ignora acaso, que se ha levantado una cruzada contra la democracia?—Bah! hombre...—¿Y que la prensa quiere obligarla á que reconozca la monarquía?

—Muy bien hecho, no reconocer la monarquía es lo mismo que declararse fuera de la ley común.

—Mamá, decía una jovencita muy linda, colocada á la izquierda y guardada por su madre, dos tías, una pastiega y cinco hermanitos; has visto á Alfredo?—Sí, niña.—Como tiemblo que se nos acerque. ¡Malditas bocas de fuego, y como me han puesto el traje! Si él lo viera!—Ya le sacaremos otro hijila! Sosiégate.—Es que ya no puede salirse de casa á las horas regulares sin que la pongan á una como chupa de dómine.

—Almazor, gritó una voz de vieja á nuestras espaldas, ¿dónde estás? Un ladrido agudo contestó á estas palabras.—Señora, dijo uno de los circunstantes; trae V. perros á un lugar donde hay tanta concurrencia?—¿Y por qué no caballero?—Es que puede estar rabiando.—Tiene razon dijeron algunos mirando recelosos al pobre Almazor, y disponiéndose á abandonar aquel paraje.

Por fortuna, el primer cohete lució en el espacio é hizo olvidar el peligro.

Al segundo, volvióse hacia nosotros un sujeto bastante entrado en años, y nos preguntó:—¿Digame V. señor mío! no le parece que ese cohete lleva la dirección del Sur. —Sí señor. El caballero guardó silencio por algunos instantes, pasados los cuales volvió á preguntarnos:—No oye usted tocar á fuego...ese cohete...mi casa...

Y el buen hombre se marchó sin dar siquiera las buenas noches.

Hasta en el Paraíso oímos hablar de política, de abusos, de perros rabiosos y de incendios.

¡A dónde iremos á parar!...

Luis Escudero.

APÓLOGO.

Brahma se mecía satisfecho sobre el cáliz de una gigantesca flor de Loto que flotaba sobre el haz de las aguas sin nombre.

La Majra fecunda y luminosa envolvía sus cuatro cabezas como con un velo dorado.

El éter encendido palpitaba en torno á las magníficas erecciones, misterioso producto del consorcio de las dos potencias místicas.

Brahma había deseado el cielo, y el cielo salió del abismo del caos con sus siete círculos y semejante á una espiral inmensa.

Había deseado mundos que girasen en torno á su frente, y los mundos comenzaron á voltear en el vacío como una ronda de llamas.

Había deseado espíritus que le glorificasen, y los espíritus, como una savia divina y vivificadora, comenzaron á circular en el seno de los principios elementales.

Unos chispearon con el fuego, otros giraron con el aire, exhalaban suspiros en el agua ó estremecieron la tierra intornándose en sus profundas simas.

Visnú, la potencia conservadora, dilatándose alrededor de todo lo creado, lo envolvió en su ser como si lo cubriese con un inmenso fanal.

Siva, el genio destructor, se mordía los codos de rabia. El lance no era para menos.

Había visto los elefantes que sostienen los ocho círculos del cielo, y al intentar meterles el diente, se encontró con que eran de diamante; lo que dice sobrado cuán duros estaban de roer.

Probó descomponer el principio de los elementos, y los halló con una fuerza reproductora tan activa y espontánea, que juzgó mas fácil encontrar el último punto de la línea de circunferencia.

De los espíritus no hay para qué decir que en su calidad de esencia pura burlaron completamente sus esfuerzos destructores.

En tal punto la creación, y en esta actitud los genios que la presiden. Brahma, satisfecho de su obra, pidió de beber á grandes voces.

Diéronle lo que había pedido, bebió, y no debió de ser agua, porque los vapores, subiéndosele á la cabeza, le trastornaron por completo.

En este estado de embriaguez deseó alguna cosa muy estravagante, muy ridícula, muy pequeña: algo que formara contraste con todo lo magnífico y lo grandioso que había creado; y fué la humanidad.

Siva se restregó las manos de gusto al contemplarla.

Visnú frunció el ceño al ver encomendada á su custodia una cosa tan frágil.

Los hombres, en tanto, andaban mustios y sombríos por el mundo, ocultándose avergonzados los unos de los otros, cerrando los ojos para no ver á su alrededor tanto grande y eterno, y no compararlo involuntariamente con su pequeñez y su miseria.

Porque los hombres tenían la conciencia exacta de sí mismos.

—¿Quereis acabar de una vez con vuestros males? les dijo Siva. ¿Quereis morir?

—Sí, sí, exclamaron todos en tumulto. ¿Para qué queremos este soplo de existencia?

—Yo soy un estúpido, lo sé, y me avergüenzo de mi barbarie, decía el uno.

—Yo soy deforme, añadía el otro, y me entristece el espectáculo de mi ridiculidad.

—Y tenemos estas y estas faltas y aquellas y las otras miserias, proseguían diciendo los demás, enumerando el cúmulo de males y defectos de que entonces como ahora se hallaban plagados los hombres.

—Es cosa hecha, dijo Siva viendo la decisión de la humanidad entera. —Y levantó la mano para destruirla; pero en aquel instante se interpuso Visnú.

—Esperad un día, exclamó dirigiéndose á los hombres, un día no mas. Voy á daros á beber un elixir misterioso. Si mañana, despues de haberlo bebido, quereis morir, que vuestra voluntad se cumpla.

Los hombres aceptaron, y Siva dejó su presa refunfuñando entre dientes, porque conocía el ingenio y la travesura de su competidor.

Visnú, que efectivamente era hombre, digo mal, era dios de grandes recursos en las ocasiones críticas, se las compuso de manera que á las pocas horas tenía ya hecho y embotellado su elixir, en tal cantidad que tocó á frasco por barba.

Pasó la noche, durante la cual los hombres no hicieron otra cosa que sorber por la naviz aquella especie de éter mágico; y cuando tornó á brillar la luz, vino Siva de nuevo á renovar su proposiciones de muerte.

Los hombres al oírle comenzaron por maravillarse y acabaron por retirarse en las barbas.

—Morir nosotros, exclamaron, cuando un porvenir inmenso se abre ante nuestra vista!

—Yo, decía el uno, voy á conmover el mundo con la fuerza de mi brazo.

—Yo voy á hacer mi nombre inmortal en la tierra.

—Yo á avasallar los corazones con el encanto de mi hermosura.

A así todos iban repitiendo:

—Morir, yo que siento arder en mi frente la llama del genio; yo que soy fuerte; yo que soy hermoso; yo que seré inmortal!

Siva no daba crédito á sus ojos, y unas veces le daban ganas de rabiar, y otras de reír á carcajada tendida, ante el espectáculo de tan ridícula transformación. En aquel momento pasaba Visnú á su lado, y el genio destructor no pudo menos de dirigirle estas palabras:

—¿Qué diantres les ha dado á esos imbéciles, que ayer estaban todos mustios, cabizbajos y llenos de la conciencia de su pequeñez, y hoy andan con la frente erguida, burlándose los unos de los otros, creyéndose cada cual un dios?

Visnú, con mucha sorna y dándole un golpecito en el

hombre, se inclinó al oído de Siva y le dijo en voz muy baja:

—Les he dado el amor propio.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

LA MENDIGA.

APUNTES PARA UN DRAMA.

(Continuación.)

—Yo vivía feliz.

Sin grandes bienes, bastábame la modesta fortuna que poseían mis padres y los cuidados y tiernas caricias que estos me prodigaban para gozar de una existencia tranquila.

Una dulce paz reinaba entre los queridos autores de mis días. Nunca el mas leve disgusto vino á alterar aquella, ni el mas pequeño contratempo de la suerte, desconcertó la armonía de nuestro apacible hogar.

Pero en la tierra todo concluye, nada es imperecedero. A la dicha sucede la desgracia, á la alegría el dolor.

Llegó en fin el tiempo en que el ángel del bien plegó sus alas. Un día entró mi padre en casa, y silencioso dirigióse á su aposento. Yo corri á buscarle como de costumbre; pero al verlo retrocedí llena de asombro.

Sus facciones estaban contraídas; su color era pálido; la dulce sonrisa que, de continuo animaba su rostro, había desaparecido, y de sus ojos brotaban dos gruesas lágrimas.

Asustada, corri en busca de mi madre, y ambas procuramos averiguar la causa de la desgracia que, sin duda alguna, estaba próxima á caer sobre nosotros.

Cuando penetramos en el aposento, mi padre paseaba con precipitados pasos. Al vernos se quedó inmóvil como una estatua, y después corrió hacia nosotras con los brazos abiertos, y estrechándonos contra su pecho comenzó á llorar desconsoladamente.

Así permanecemos algunos instantes, sin que nada mas que los sollozos interrumpiesen aquel triste silencio. Al fin mi padre exclamó con acento lleno de amargura:

—Hijas mías, todo lo hemos perdido. De hoy en adelante no sé qué será de nosotros.

—Pero, qué sucede? ¿qué desgracia es esa que nos amenaza?—Repliqué mi madre que como yo derramaba copioso llanto, sin conocer, ni acaso sospechar, la causa que nos tenía en aquella terrible angustia.

—Mi padre se dejó caer en un sillón, y llevándonos á su lado prosiguió de esta suerte:

—Mis esperanzas han sido burladas, los afanes de toda mi vida inútiles. Yo quisiera ocultároslo todo, mas no puedo; el dolor me vende. La casa de comercio en donde tenía depositado todo mi capital, el capital reunido á costa de tantos trabajos y privaciones, y destinado á tan santo fin, se ha presentado en quiebra. Ahora, ¿qué será de nosotros? Mi avanzada edad y el mal estado de mi salud, me impiden dedicarme al trabajo, y cuando yo creía contar con medios para que aun hasta después de mi muerte tuvieseis medios para poder vivir; una quiebra, y una quiebra fraudulenta, nos deja, á mí, sumido en el mas grande dolor; y á vosotras en la mayor indigencia.

A estas palabras siguióse una pausa solemne; todos llorábamos, porque todos comprendimos lo triste de la situación á que quedábamos reducidos. Mi padre anciano, imposibilitado para el trabajo; mi madre anciana tambien; yo no

acostumbrada á las penalidades de la miseria, nuestro porvenir se presentaba incierto y sombrío como la muerte.

No habían trascurrido cuatro meses cuando todos los recursos se habían agotado por completo. Al principio no escuchamos en torno nuestro mas que palabras consoladoras y manifestaciones de sentimiento y de interés; pero pasado algun tiempo, todos nos olvidaron, dejándonos abandonados á nuestras propias fuerzas. Ni un pariente, ni un amigo entraba por las puertas de la habitación que nos servía de albergue. Si mi padre iba á buscarlos, solían negarse: la presencia de la miseria causa espanto; no parece sino que es una epidemia contagiosa.

—Tiene V. razón, dije á la jóven. La miseria suele ahuyentar á los acariciados por la fortuna que huyen de ella como si fuera lepra que contaminara los cuerpos. Unos le vuelven las espaldas por desprecio; otros porque no tienen valor para resistirla, ni voluntad para remediarla; y todos ellos que debían ofrecerle un brazo protector que la levantara del abatimiento, ayudan á hacerla menos insostenible, enseñándole con esto el camino del vicio y del crimen.

—Cada día, continuó la jóven, era mayor nuestro abatimiento y nuestra soledad. Mi padre, ante tamaño infortunio, y conociendo que la miseria nos iba á consumir, cayó postrado en el lecho del dolor. Una enfermedad moral había consumido todas sus fuerzas y aquella naturaleza no podía resistir mucho tiempo.

Un día al anochecer me llamó á su lado. La voz se le iba extinguiendo y sus ojos eran los de un moribundo.

—Angela, hija mía, me dijo con apagado acento. Conozco que voy á morir y antes de entregar mi alma á Dios, quiero darte algunos consejos.

—Padre mio, le respondí con los ojos arrasados de lágrimas. No, V. no morirá; Dios no puede permitir que V. nos abandone en tan solemnes momentos.

—Hija de mi corazón, me replicó estrechando entre las suyas mis manos y besándome en la frente. Mi última hora ha sonado ya en el reloj del tiempo; escóchame por última vez.

Tu madre es anciana y desvalida y bien sabes cuanto la debes. No la abandones nunca, que el que abandona á sus padres no puede ser dichoso en la tierra, ni hallará perdón en el cielo. Cuidala con tierno y cariñoso afán, que no harás mas que pagar con eso una sagrada deuda. Toda sus virtudes como esposa, y su abnegación y desvelos como madre si algun día llegas á merecer estos títulos. Y en fin, hija mía, persevera en el camino de la virtud. Esta es la única prenda que heredas de tu padre, guárdala cuidadosa en el fondo de tu pecho, que es joya de gran valor.

No pudiendo resistir tanto, caí desmayada sobre mi agonizante padre. Cuando recobré el conocimiento, un nuevo y aterrador espectáculo se ofreció á mi vista. A la cabecera del lecho se encontraba un sacerdote de cuyos labios salían fervientes súplicas; á los pies lloraba desconsolada una mujer. Era que el vaticinio de mi padre se había cumplido y su alma había volado á la eternidad.

Después de algunos momentos de silencio interrumpido por los sollozos, la pobre continuó:

—Ya comprenderá V., caballero, lo angustioso de la situación en que quedamos después de la muerte de mi padre. Mi pobre madre á fuerza de tanto llorar había perdido la vista. Algunos me aconsejaron que la llevase á un establecimiento público; pero yo no quise hacerlo, tanto porque la amaba mucho para abandonarla de esta manera, cuanto porque tenía muy presentes los consejos que mi padre

mediera al espirar. Trabajaba de día y de noche para reunir con que poder sustentarla, y cuando el producto del trabajo no era suficiente, lo que sucedía con frecuencia, salía á implorar la caridad pública.

Pero en medio de tanto padecer un consuelo aliviaba mi corazón. La virtud, única herencia que había recibido de mi padre, conservábase dentro de mi pecho, pura como la primer sonrisa de la vida; y por mas que el mundo la combatía á cada paso con fuertes elementos, el bien no se dobló ante la presencia del mal.

Al pronunciar estas últimas palabras, los ojos de Angela brillaron como dos luceros y su semblante tomó ese tinte de belleza mezclado de dignidad, que nos imprime la satisfacción de las buenas acciones. Yo al contemplarla no pude menos de decirme.

—Las almas descreídas, los escépticos de profesión, los que sostienen que la virtud es una planta exótica en la tierra, vengan y admiren este sublime cuadro que no es mas que uno de los muchos que á cada paso se encuentran; vengán y doblen la rodilla ante la hermosa Angela que lanzada en medio de este borrascoso Océano que se llama el mundo y sin tener apenas una tabla á la que así se ha sabido salvar del naufragio lo mas grande y difícil de guardar que hay en la vida, la virtud, ese aroma divino que perfumando nuestros espíritus los purifica y los acerca mas á Dios.

(Se continuará).

PEDRO DE ALCANTARA GARCIA.

A LA INSPIRADA POETISA DOÑA ELENA GOMEZ DE AVELLANEDA.

Dime, tú, la que audaz en raudos giros
Alzas el vuelo á la inmortal esfera,
¿Por qué la edad feliz de los suspiros
Para tí, niña austera,
Es la edad mística de los tristes cantos?
¿Por qué tus ojos bellos
Vividos centellean
Del casto númen los fulgores santos,
Y en vano busco en ellos
De las vírgenes almas que desean
Los húmedos destellos?
¿Por qué, la rosa huyendo, pensativa
Parece que el laurel tu sien demanda?
¿Por qué bella te busco y te hallo altiva,
Y te busco amorosa y te hallo grande?

¡Ah, perdona, perdona
Si á tu alteza mi espíritu se encumbra
Y con los ojos del amor ver sueña,
Depuesta la corona
Cuyo radiante brillo me deslumbra,
Tu frente de mujer pura y risueña.
Tu corazón que suspirar desdenea,
No puede comprender el vago anhelo
De quien te mira entristecido y siente
Que tan alta en el cielo
Vayas ¡oh musa! á levantar la frente.

Siempre al mortal en las enhiestas cimas
Amagó el rayo del dolor supremo,
Y cuando al cielo la cerviz sublimas
Verte entre nubes borrascosas temo.

¡Oh! si las dulces rimas
Que en cadena armoniosa
Brotan, las almas conmoviendo, Elena,
de tus labios de rosa,
Imitasen el blando
Murmurio eterno que en las ramas sueña,
O los trinos del ave,
O la que el triste, la dulzor gustando
Del bosque austero y grave,
Voz grata escucha en su feliz retiro;
Si inspirara el amor tu poesía,
Y vibrase en tus cantos un suspiro,
Con cual dulce trasporte te amaría
yo que absorto á tus plantas hoy te admiro!

Mas ¡ay! Elena, en vano te dirijo
Débil mi voz que el entusiasmo exalta;
Dios, al crearte, dijo:
«Bella la haré, mas la pondré muy alta.»
Niña, niña-poeta, si no asalta
De los amores la rastrea turba
La tranquila mansión donde tú moras,
Si una sombra del mundo nunca turba
La eterna luz de tus radiantes horas,
Con la del génio magestad sublime
Los suspiros recibe por ofrendas
De un corazón que su anhelo reprime,
Y no por mí del pedestal descendas.

TEODORO LORENTE.

LAS HIJAS DE CARIDAD.

Hé aquí una de las mas sublimes, de las mas benéficas y laudables instituciones cristianas y piadosas de nuestros católicos siglos. Su misión es la mas heroica y admirable para el mundo, para el cielo la mas religiosa y santa, y la mas consoladora y dulce para la humanidad doliente y afligida. Una hija de Caridad es en fin, para nosotros, el emblema de las mas ilustres virtudes, el símbolo de los mas grandes portentos.

Nuestro objeto seria al tratar de las hijas de Caridad, rendirles los elogios mas cumplidos, y hacer de ellas el mas exacto panegirico en tributo de la adhesión que les profesamos, y en homenaje de nuestras mas sinceras y altas consideraciones; pero son harto limitadas nuestras facultades para poder llenar tales deseos, y por lo tanto nos contentaremos con hacer simplemente el relato de las admirables obras de su abnegación y caridad, para que el mundo las conozca, y para que la sociedad las ensalce cuanto son dignas y se merecen. Recorramos pues, con nuestra consideración la senda de la práctica de todas sus obras y virtudes.

Jóvenes y acaso hermosas, echan un velo en su mente á los ensueños y encantos propios de su edad; detienen su risueño y dorado pensamiento en medio de sus primeras ilusiones y nacientes esperanzas; apagan sus pasiones y mundanos sentimientos, y sacrificando su corazón parecen trocarse de seres humanos en seres celestiales, de mujeres terrestres en vírgenes privilegiadas y escogidas del Señor para obreras de la mas sublime de las virtudes, de la mas perfecta caridad. Dominadas por este único sentimiento, dueñas de este rico tesoro del alma, que han de repartir entre sus necesitados y miseros hermanos, se preparan con

ardiente fe para su consagración á los actos caritativos y benéficos de cuyos pingües y saludables frutos han de dejar esparcida la semilla por en medio de la humanidad. Pero antes de hacer sus votos, además de haber renunciado á un porvenir tal vez de placeres y de goces, pasan por otras terribles pruebas haciendo también el sacrificio de su presente. Abandonan su hogar dejando en él sus mayores dulzuras y sus mas gratas delicias; despójense de sus preciosas joyas y atavíos, desechan sus galas porque un basto sayal y una sencilla toca han de ser sus vestiduras; dejan sus comodidades y regalos porque van á entregarse á los desvelos y afanes de su caritativo y piadoso ministerio; se páranse de sus padres, hermanos y amigos porque ellas van á ser hijas de Caridad, hermanas cariñosas de sus prójimos, amigas de los pobres, madres de los desamparados; ¡Sublime abnegación tan digna de ser imitada; pero de tan de inimitable ejemplo! ¡Renuncian en fin, á la sociedad y al mundo despreciando sus vanos disfrutes, pues su mundo van á ser los hospicios y hospitales, su sociedad la compañía de los tristes y desdichados: sus placeres en la tierra y sus regocijos se fundarán sobre tan hermosas obras, y sus delicias habrán de ser en el cielo las de la Bienaventuranza! En aquellos santuarios de caridad, en aquellos recintos donde se albergan la miseria humana y el infortunio habitan y ejercen su misión, á ellos llevan sus consuelos esos ángeles de la tierra: como religiosas son esos sus conventos, sus tabernáculos como siervas del Señor, y los ejercicios de sus votos sagrados son los ejercicios de beneficencia y caridad. Semejantes á esas otras vírgenes cuyos votos de clausura son eternos en los sagrados claustros, son su castidad y perfección tanto mas acrisoladas cuantos son sus votos temporales, cuando les es tan fácil deshacer los lazos que las unen con su Dios y volver atrás sus pasos de su senda espiritual, y cuando tienen que caminar por entre mil precipicios y combatir mas de frente con sus enemigos; ¡Cuánto valor, cuánto heroísmo de espíritu es el de las hermanas de Caridad! Admirémoslas ahora su fortaleza corporal ejercitando sus funciones en el cumplimiento de su misión.

Para la mayor parte del mundo son acaso desconocidas las hijas de Caridad, y por lo tanto ignorados sus hechos, excepto por aquellos á quienes su desamparo los hizo recurrir á los asilos de beneficencia y allí recibieron de ellas sus cuidados y sus consuelos; y tambien por las personas piadosas que de vez en cuando visitan esos lugares y contemplan á su propia vista á esas caritativas y benéficas heroínas, derramando sus dulzuras en medio de la angustia y del dolor, y prodigando á sus vecinas su mas amorosa solicitud y sus desvelos. Nosotros somos de la misma manera testigos de sus obras, pues empujados en estos establecimientos de beneficencia, vemos continuamente á las hijas de Caridad ejercitar heroicas con el mayor afán é interés, y cumpliendo fielmente las misiones de su caritativo instituto. Así pues, nuestras consideraciones y la mención de tan sublimes hechos van fundadas en la mas exacta verdad. Por lo tanto, vengan con nosotros los que no saben lo que son las hijas de Caridad, ni para que sirven ni lo que hacen; vengan con nosotros reflexivos, á los establecimientos de beneficencia á donde acaso algun dia pudiera traerlos su desgraciada suerte, conociendo entonces mejor á esas mujeres benéficas y caritativas, á esas madres tiernas, á esos ángeles de consuelo.

En los hospitales las hijas de Caridad dedican infatigables su continua y diaria asistencia, y consagran sus noc-

turnas vigiliás á los dolientes enfermos llenas siempre del mas solícito interés, y del mas grande fervor: jamás se rinden sus fuerzas porque las reanima su espíritu de caridad, y el Dios potente en cuyo nombre sirven las da aliento y vivifica; ¡Admirable privilegio digno tan solo de criaturas tan dignas! Solo ellas con tan especiales dones pueden practicar tan especiales obras: aunque débiles por naturaleza, su abnegación las hace fuertes: no las arredran los horribles espectáculos de la muerte para cerrar sus ojos á los moribundos asistiéndolos en sus tristes agonías, ayudándoles á bien morir en este último trance y exhortándoles con religiosas y consoladoras súplicas: no las intimidan tampoco los males epidémicos y contagiosos para dejar de prestar sus auxilios y socorros á los que los padecen; y apesar de ser sensibles como mujeres, oyen con religiosa calma los ayes, las quejas y lamentos incesantes de los dolientes, acudiendo á apagarlos con sus dulces consuelos de uno en otro lecho, confortándoles el espíritu, infundiéndoles ya la esperanza, ya la resignación cristiana y la paciencia, y sobre todo la confianza en el Dios justo y misericordioso. Por último, nada las embarga ni las repugna para acercarse con sus propias manos á sus labios los remedios y las medicinas, y limpiar á los pacientes sus humores y miserias. ¿Podría hacer mas por ventura la madre mas amorosa y solícita? ¿Cabe mas caridad, mas afán ni mas abnegación en ningun pecho humano? ¿Ni aun quién que no estuviera adornado de tan bellas y sublimes prendas, y poseyese tan eminentes virtudes podría practicar otro tanto?

(Se concluirá.)

P. ROMERO DE CASTILLA.

MEMORIAS DE UN GOBERNADOR DE LA FLORIDA,

REDACTADAS

POR WASHINGTON IRVING.

I.

Yo soy de Virginia, para servir á V.; pero de Kentucky, porque en él vivo y me gusta mucho. ¡La causa de mi emigración á Kentucky fué un berricho! ¿Le parece á V. mentira! Pues atienda y verá como no lo es.

Mi padre, descendiente de una de las mas antiguas y mejor acomodadas familias del Estado de Virginia, vivía en Richmond; y como estaba viudo, para que no anduviesen las cosas en casa manga por honbró, tomó una ama de gobierno y le confirió poderes y facultades omnímodas en lo tocante á la administración interior. Así es que Catalina rivalizaba en importancia, de puertas adentro, con el autor de mis dias, y se figuraba que todo era suyo; nunca se despojaba de las insignias de su empleo, que consistían en un gran manajo de llaves colgadas á la cintura; y tomaba tan á pecho los intereses de la casa, y tan poseída estaba de la importancia de su ministerio, que cuando salía una cosa mal, lloraba y se aperréaba en su cuarto, hasta que una dosis de capítulos de la Biblia la serenaba y ponía en sazón. Porque la Biblia era su acostumbrado recurso en los casos de apuro: entonces la abría por cualquier parte, y bien cayese sobre las lamentaciones de Jeremías, bien sobre el Cantar de los Cantares de Salomón, bien sobre el catálogo de las tribus en el Deuteronomio, un capítulo era siempre un capítulo y operaba como bálsamo regenerador en el acongojado corazón de la robusta Catalina. Tal era la buena ama de gobierno que, sin quererlo, debía influir de una manera tan decisiva en mi porvenir.

Muy jovencillo sería yo todavía, cuando á uno de nuestros vecinos, gran proyectista y cazador de progresos, se le metió en la cabeza prestar un servicio inmenso á la patria, introduciendo una raza de mulos, y en su consecuencia, mandó traer tres borricos para poblar la comarca. Bueno será decir que en mi tierra no se querían sino bestias de raza pura, y que los ganaderos hubieran creído deshonrar sus yeguas permitiendo enlaces tan desiguales. Así, pues, hubo escándalo, y mi vecino se halló en un verdadero mal paso; pero como no era del todo tonto, supo retirarse á tiempo, abjuró y sóltó los borricos en la dehesa comunal, para que allá se las compusieran como pudiesen. ¡Vaya que se daban una vida regalona los muy holgazanas, siempre corriendo y retozando!

Pues señor, para ir á la escuela tenía yo que pasar por allí, y la primera vez que me divisó uno de los borricos se dió á rebuznar tan escandalosamente que me puso el corazón en un puño. Pude, sin embargo, dominarme, y viendo que tenía cierta semejanza con los caballos, mi afición de virgíniano á cuanto se roza con la raza caballar triunfó, y resolví montarme en él. Al efecto compré cordelillo, hice un cabezon, y auxiliado de mis compañeros, le dimos caza, lo acorralamos en el ángulo de un vallado, le pusimos el cabezon y me subí encima; pero no bien hubo sentido el peso de mi cuerpo, dió un bote y me vació por las orejas. Sin embargo, no sé qué fué más pronto, si caer, levantarme, sacudirme y dar tras él á todo escape hasta cogerlo de nuevo y volverme á montar. De esta suerte, á fuerza de porrazos, aprendí á guardar el equilibrio y á agarrarme tan perfectamente que el burro capituló. Desde aquel punto los tres compañeros llevaron vida muy agitada, pues todos los chicos de la escuela los montaban y corrían con ellos por los prados hasta quedar rendidos; por cuyo motivo, no bien divisaban muchachos en lontananza, huían como gamos, y mas tiempo nos tenían persigtiéndolos que encima.

Acercábase el domingo, para cuya fiesta me había propuesto hacer una expedición equestre; y sabedor de que á los racios no les faltaría trabajo durante el día, cogí uno de los tres el sábado por la noche y lo llevé á casa, para tenerlo prevenido á primera hora. Pero ¿dónde alojarlo? porque en la cuadra era imposible, á causa de Jorge, el palafrenero, soberano tan absoluto en la caballería como Catalina en la despensa, cocina y demás interioridades, quien hubiera creído deshonrar su persona, la cuadra y los caballos albergando un borrico. Acordéme entonces del ahumadero, edificio anejo á todas las casas de campo de Virginia, y destinado, como lo indica su nombre, á ahumar la chacina. Tomé pues la llave, encerré el borrico, volví la llave á su sitio, y me acosté con propósito de sacar de la cárcel al preso antes de que ninguno se levantase; pero el hombre propone y Dios dispone: había corrido tanto para cogerlo en el prado, y estaba, de consiguiente, tan molido, que dormí como un lirón hasta muy entrada la mañana. No así Catalina, la cual, como de costumbre, se puso en planta al despuntar el día, y comenzó á tomar disposiciones para el almuerzo. Su primera visita fué al ahumadero; mas no bien hubo abierto la puerta, cuando el ruido, todo alborozado con la claridad, se puso á rebuznar sin tino y de un brinco se echó fuera: Catalina se cayó al suelo con una convulsión al oír el ruido, y el animal le pasó por encima, y á todo correr y respingar se incorporó á sus compañeros. ¡Pobre Catalina! Era el primer jumento que veía; y como había leído en la Biblia que el diablo andaba siempre de Ze-

ca en Meca, ruiendo como un león y buscando á quien comerse, tuvo por cosa cierta que Belzebú en persona había dado con ella en tierra. Alborotóse la cocina, acudieron los demás criados, y todos eran pocos para sujetar á Catalina, presa de convulsiones horrosas que se repetían cada vez que se acordaba del enemigo malo.

Quiso mi estrella que entre las personas atraídas por el ruido llegó un maldito vejete, chiquitín, enteco y arrugado, tío mío, por mas señas, uno de esos seres inquietos que no pueden sufrir la cama apenas amanecé, y que se levantan con el alba para no dejar á nadie dormir con sosiego. Despues de todo, no era sino una especie de medio tío, porque su parentesco conmigo consistía en haberse casado con la hermana de mi padre; pero para ser entrometido, como si fuese tío por los cuatro costados, porque se abrogaba grande autoridad en virtud de este parentesco de segunda mano, y se metía hasta en las cazuelas. Esta calamidad, pues, se puso en la pista, y descubrió de cabo á rabo la verdad, y de consiguiente que yo andaba en el negocio, y que nadie sino yo había encerrado el borrico en el ahumadero. No trató de esclarecer mas el punto, porque era de esos viejos gruñones en quienes los muchachos no hallan nunca cuartel; y dejando á Catalina con las pataletas vino en busca mia, en ocasion que, dormido á pierna suelta, me recreaba en deliciosos sueños de color de rosa.

Al primer mojicon me desperté despavorido, preguntando á voces la causa; pero al observar que mi tío quería aprovecharse de la sorpresa que me había causado su ataque para continuar, me arrojé de la cama, y tomando las tenazas de la chimenea me puse en defensa. Yo estaba robusto, mientras que mi tío no lo estaba, ni mucho menos, así que á muy poca costa lo hubiera reducido á parlamentar. Díjome entonces, que yo habria matado al alma de gobierno, y que sé yo cuantas cosas mas. Confesé el borrico y el encierro; pero negué el asesinato de Catalina, la cual, como luego supé, vivía, si bien pasó muchos dias en cama antes de sanar completamente; y cada vez que tenía una crisis me buscaba mi tío para sacudirme de nuevo. Apelé á mi padre de tan malos tratamientos; pero en casa gozaba fama de diabólico, y por todo consuelo me echó una peluca.

Semejante proceder me llegó al alma: perdí mi buen humor; y como estaba irritado contra todos, imaginé que todos lo estaban contra mí. Unido esto á cierto espíritu vagamundo que es tan propio á mi temperamento como al de las pérdidas, determiné abandonar la casa paterna é irme por esos mundos de Dios á caza de aventuras. No contribuyó poco á fortificar este proyecto la fiebre de emigración que poseía por aquel entonces á los virgínianos, los cuales se iban á bandadas hácia la parte de Kentucky. Y ni hablar tanto de la hermosura del país, de su feracidad, de la fabulosa abundancia de animales que poblaba sus magníficos bosques y prados, y de la deliciosa é independiente vida que allí disfrutaban los cazadores que me entró una curiosidad de verlo imponderable é irresistible.

Al cabo de poco tiempo entró Catalina en convalecencia de cuerpo y espíritu; y á medida que le fueron explicando el asunto fué convenciéndose de la realidad de las cosas. Por lo tanto, cuando supo con cuanta dureza me habían tratado á causa de ella, la pobrecilla lo sintió en el alma y abogó calorosamente por mí, ante mi padre y demás familia.

(Se continuará.)

MARIANO JUDERIAS BENDER.

LOTERIA.

Los treinta regalos sorteados el 18, y que corresponden á Agosto, han tocado á los números siguientes:

2.168	19.477	4.848	170
16.961	29.225	15.108	314
4.880	4.152	21.812	345
27.025	16.566	1.827	566
27.952	7.204	11.675	576
18.108	5.818	24.660	591
25.479	27.518	15.925	519
11.207	15.680	45	603
12.187	6.552	52	770
26.020	6.253		

A la compañía nada tocó en el sorteo del 18.
Sigue con los mismos números para el del 30.

IMPORTANTE:

Con este número acompañamos á nuestros suscritores el prospecto de la nueva colonia, titulada LA CONCEPCION, que se está levantando á poca distancia de Madrid.

La sola lectura de las bases del indicado prospecto dará á conocer á nuestros abonados sus importantes ventajas, bajo cualquier prisma que se mire, y si se atiende á que en el próximo octubre se ha de rifar entre los suscritores una de las fincas construidas, no sabemos qué negocio pueda presentarse ni con mas buena fé, ni con utilidades mas inmediatas y positivas.

Recomendamos á nuestras lectores mediten con detenimiento este negocio, y es seguro se interesarán en él.



A LOS FUMADORES.

Los que quieran provistarse del tan bueno como acreditado papel de hilo yodurando, para fumar, que con real privilegio espandan, hace tiempo, los Sres. Allot y Lopez, pueden dirigirse á los principales almacenes de papel, estancos y kioscos de esta corte, donde con seguridad lo encontrarán de venta.

Los pedidos por mayor se dirigirán á dichos señores, calle de Atocha, 72, bajo, los que con puntualidad serán servidos.

Nada decimos de las buenas cualidades que en sí encierra el espesado papel, ni menos del lujo y esmero con que en su fábrica de papel de Atoy se elabora, por ser ya bien conocido de sus consumidores.

LAMENTOS DE POLOVIA.

Con este título se acaba de publicar un folleto en verso, escrito por D. Ramon Ruiz Delgado.

Se halla de venta en la imprenta de este periódico, al precio de dos reales vellón.

Despedida del general O'Donnell de S. M. la Reina para la guerra de Africa en 7 de noviembre de 1859.—Una lámina en pliego.—Su precio 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.—Está de venta en la imprenta de este periódico.

CUADRO

genealógico-cronológico-histórico DE JESUCRISTO.

POR EL Dn. D. RAMON OROZCO.

Este bellissimo cuadro es de cinco cuartas de largo por mas de media vara de ancho: en él está esplicada toda la vida de Jesucristo Señor nuestro. Se vende en la imprenta de este periódico al precio de 10 rs., y remitido al de 14 rs. cada ejemplar.

CUADRO SINOPTICO

De la competencia y principales procedimientos del Tribunal Supremo de Justicia, por D. José Rivera y Vazquez, abogado del ilustre Colegio de Madrid. Tiene mas de una vara de largo por tres cuartas de ancho, á 8 rs. en Madrid y 12 remitido á provincias.—Se vende en la imprenta de *El Madrileño*.

OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA EN ESTE ESTABLECIMIENTO, Y SE REMITEN AL QUE LAS PIDA.

LA COSMOGONIA DE MOISÉS, comparada con los hechos geológicos, por Mr. Marcel de Serres, y traducida y dedicada al clero, tres tomos.	50 rs.
REPUTACION DE ALGUNOS ERRORES SOBRE EL PONTIFICADO, por Luis Veuillot, traducido por Vildosola.	8
AÑO VIRGINEO, completo, cuyos días son finezas de la gran reina del cielo Maria Santisima, añádate trescientos sesenta y seis ejemplos, por el resbitero Dolz de Castelar.	80
LA ESCUELA DE LOS MILAGROS, homilias sobre las principales obras del poder y de la gracia de Jesucristo hijo de Dios, por el R. P. D. Joaquin Ventura Ráulica, un tomo grueso	20
HISTORIA DE S. VICENTE FERRER, por el M. R. P. fray Serafin Tomás Miguel.	24
PLÁTICAS acerca de las principales doctrinas prácticas de la iglesia católica, por el cardenal Wiseman.	40
EL ORADOR SACRADO. Meditaciones para el mes de mayo y varios sermones: un tomo.	10
CARTILLA MÉTRICO-DECIMAL, por Gordillo, con tablas de reduccion.	12

SUSCRICION EN MADRID.

Por un mes.	8 reales.
Por tres meses	20 id.

EN PROVINCIAS.

Tres meses	26 reales.
Seis idem.	50 id.

EN EL ESTRANJERO Y ULTRAMAR.

Por un año.	120 reales.
---------------------	-------------

(Franco de porte.)

Colocacion en el Banco de Economías de un real por mes de suscripción, para atender á las enfermedades de los suscritores.

La correspondencia se dirigirá al propietario del periódico, D. José Morales y Rodriguez, Caballero de Gracia, 45.

Propietario y editor responsable.

D. JOSÉ MORALES Y RODRIGUEZ.

MADRID, 1865.—Imprenta de J. M. y Rodriguez, Caballero de Gracia, 45, bajo.